



EDUCACION.

Los principios que se reciben en la primera edad son como los caracteres trazados en la corteza de un árbol, que crecen con él y no se borran jamas. Por esto los encargados de la instruccion primaria son responsables ante Dios si no procuran y se esfuerzan en infundir los buenos sentimientos áun desde la misma cuna.

Háblese siempre á los niños sin impaciencia, sin cólera y sin aspereza; no se les inspire un funesto temor á aquellas personas que deben amar y respetar. Hágaseles conocer que se tiene una autoridad real sobre ellos; pero con moderacion.

Úsese amenudo de la influencia de los ejemplos, y la simpatía natural de la infancia para con nosotros hará más provechoso este modo de obrar.

Las caricias no deben prodigarse con exceso, y deben conceder-

se á tiempo, como las recompensas.

Se debe dar á los niños una idea de la propiedad para que sepan respetar la de los demas; inspirarles liberalidad, haciendo que den ó presten algo de lo que les pertenezca; inspirarles pudor tanto á los de uno como á los de otro sexo.

Débese corregir con calma y serenidad, no regañar dando gritos; querer sólo lo que sea justo y razonable, pero quererlo con firmeza y sin ceder jamas. Para evitar la envidia entre los niños, póngase al más jóven bajo la proteccion del mayor, para que este papel de protector le impida todo sentimiento de aversion.

Hágase conocer á los niños el valor de la verdad, y para ello no se debe reir en su presencia de las astucias que emplean y las mentiras de que se valen para conseguir lo que quieren; se deben desconcertar sus

planes y recibir sus caricias con frialdad.

Cuando se haya ganado su confianza y conseguido la declaracion de sus faltillas, perdonéseles despues de una suave moral. Todos los intereses deben sacrificarse al de la verdad; todo es reparable con los niños fuera de la mentira.

Sirviéndonos de nuestra propia conviccion, hágase conocer á los niños la idea del deber, aprovechando los momentos en que están mejor preparados para darles las nociones morales y religiosas.

Sáquese partido de la imaginacion activa de los niños y aún de sus juegos; pero evitando abusar causándoles miedo de cualquier modo que sea.

Hágase nacer en ellos el deseo de las buenas acciones, siempre que se presente la ocasion, y procúrese desde los primeros años inspirarles el deber más bien que dictárselo.

El primer cuidado del maestro, del hombre que se ocupa en formar ciudadanos virtuosos, útiles y afectos á la patria, es instruirse él mismo en el arte difícil de la enseñanza. Por muchos conocimientos que adquiera, siempre serán inferiores á los que requiere su alta mision.

Se debe aplicar á ganarse la confianza de sus discípulos, porque si éstos no aman al maestro, harán poco caso de sus lecciones. Es preciso conocer sus caractéres para dirigirlos bien.

Empléense los medios de persuasion más bien que los de castigo;

sólo se debe hacer uso de éste en circunstancias mayores, cuando sea insuficiente una dulce severidad.

Sólo se puede enseñar lo que se sabe perfectamente; mas no todos los que saben mucho son capaces de enseñarlo, y suelen hacerlo mejor otros ménos instruidos. La facultad de expresar y demostrar bien lo que se sabe pertenece á muy corto número de hombres.

Un maestro debe hablar su lengua, si no con elegancia, á lo ménos con claridad. Muchos discípulos que parece prestan mucha atencion á las lecciones, no entienden la mayor parte; y así es preciso que el maestro tenga una paciencia á toda prueba para repetir diez y más veces una misma cosa, y de diez y más modos diferentes, hasta que lo entiendan.

Si la moralidad del maestro debe manifestarse en todas sus acciones, su bondad debe ser tambien evidente para sus discípulos; y esto no impide la justa severidad para corregir las faltas. Mas cuando se vea precisado á usar de ella, que sea con la mayor equidad, pues si muestra parcialidad ó castiga por capricho, se hará incapaz de gobernarlos.

Le es útil mucha igualdad de carácter; que tenga algunos ratos de complacencia y alegría con sus discípulos, y que ántes de pretender dominarlos procure dominarse á sí mismo.

Es conveniente dividir las escuelas en secciones, en las que se abraza todo lo que constituye la primera educacion y demas conocimientos

que influyan en los intereses de la patria.

Los discípulos, cuando salen de la escuela llamados á otros trabajos, olvidan fácilmente lo que han aprendido, y para que no suceda así es conveniente tener algun repaso, aunque sea en los dias festivos, y con-

solidarlos en las partes esenciales de la enseñanza.

Sobre todo, inspírense á los discípulos los sentimientos morales y religiosos, respeto á las autoridades, obediencia á las leyes y amor á la patria.

M. DE LA J.

CONCORDANCIAS VIZCAINAS.

Allá, en aquellos tiempos, ángeles de la tierra, cuando niños como vosotros asistíamos á la clase de Gramática latina cargados con un hato de libros que abultaba más que nosotros, como nos decia nuestra pobre abuela, recordamos haber oido millones de veces al Profesor venerable que nos instruía, cuando álguien se descuidaba en hacer una concordancia contra las reglas de Sintáxis, las palabras con que encabezamos este escrito: «*Concordancias vizcaínas.*» Como en aquella edad no sabíamos discernir, como hoy sabemos, ni apreciar las frases en lo que valian, ni interpretar debidamente las palabras, ni hacer, en fin, aplicacion de los adagios y refranes más comunes y cacareados, las *concordancias vizcaínas* eran para nosotros sonidos que nada significaban, por lo que, como otras muchas cosas, pasaban un tanto desapercibidas. Corriendo el tiempo y dando vueltas la rueda de la fortuna, en la que no sabemos qué santo de nuestra devocion nos colo-

cára, nos vimos como por encanto, no hace muchos años, en medio del país clásico de dichas *concordancias*, en medio de la hermosa Vizcaya, en donde por espacio de tres años tuvimos ocasiones repetidas de oir concertar (fuera más propio decir *desconcertar*) nombres sustantivos masculinos con las terminaciones femeninas de los adjetivos que los calificaban y vice-versa, como, vgr. *pollo gorda, gallina flaco, conejo blanca, coneja negro*; y anteponer á un nombre femenino el artículo masculino no habiendo cacofonía, como *el mujer, el llave*, etc., etc. Esto entónces nos causaba unas veces tales cosquillejas en los oidos, que involuntariamente nos hacía soltar la carcajada, por lo que pedíamos dispensa á los desconcertantes, y cumpliendo con la primera de las obras espirituales de caridad, que manda «enseñar al que no sabe», corregiamos amigablemente aquellas faltas: otras, por el contrario, nos heria tan desagradablemente el tímpano, que, amantes de

la pureza de nuestro idioma, los hubiéramos encerrado en una escuela, y no les hubiéramos dejado salir de ella hasta que hubiesen aprendido á hablarlo con toda perfeccion. ¡Entónces, entónces sí que nos acordábamos de las justas correcciones que nos hacía nuestro profesor! ¡Entónces sí que comprendíamos á qué aludian las *concordancias vizcaínas* que tanto repetía!

Continuando su movimiento la rueda de la fortuna, en la que algunos poetas nos pintan sentados, como á los niños en la del *Tío Vivo*, nos ha vuelto á nuestra amada provincia, desde la que hemos hecho algunas excursiones á otras várias que se precian de correctas en el lenguaje castellano, y ¡todo sea por Dios! en éstas y en aquélla, y en aquélla y en éstas nos han atormentado y atormentan, nos han ofendido y ofenden, aunque en menor escala, esas mal-venidas ó mal-nacidas *concordancias vizcaínas*, á que otros llamarían *disparates*, y los gramáticos *solecismos*. Frecuentemente oímos decir: *la calor* en vez de *el calor*; porque *calor* tiene en toda tierra de gar-

banzos, como por aquí se dice, género masculino, y por consiguiente, el artículo que le precede debe ser del mismo género, segun la Gramática: *el sarten*, por *la sarten*, porque *sarten* es del género femenino: *la aceite*, *la alambre*, por *el aceite*, *el alambre*; y otros mil que ahora no recordamos.

Estas concordancias ó (como más propiamente dijimos arriba) *discordancias*, queridos niños, revelan claramente la poca instruccion de quien las forma, y le exponen frecuentemente á ser la befa y el escarnio de los instruidos. Así, pues, os encargo, por lo mucho que os quiero, que si no quereis ponerlos en ridículo y ser el juguete de aquéllos cometiendo tan garrafales faltas, procureis aplicaros con sumo afan al estudio de la Gramática de nuestra rica lengua, de esa lengua que habló el inmortal Cervantes con tanta pureza y elegancia, y de la que el Emperador Carlos V tenía formado tan elevado concepto, que decía *que era la lengua en que debía hablarse á Dios y á los ángeles por lo elegante, rica y majestuosa*.

JUAN CRUZ BUSTO.



UN CUENTO.

(Continuacion.)

Sofía, vestida con cierta sencillez austera, que no le sentaba del todo mal, montaba un hermoso alazan dorado.

Vióla Heroisindo sin disgusto, pero apenas gustó los encantos de su conversacion, no supo separarse de su lado.

En cuanto á la desairada princesa, ocultóse en sus habitaciones jurando no volver á ver la cara á tan extravagante príncipe.

III.

Algo cansados, pero muy contentos, regresaron los nobles cazadores, dirigiéndose sobre la marcha al salon donde la comida aguardaba. Pero suspensos y admirados quedaron al ver el delicado gusto y exquisita elegancia con que la mesa estaba servida. Allí las frutas más sabrosas competian con las doradas gelatinas, las ricas cremas con los regalados pastillitos, y cien y cien platos, á cual más exquisitos, que aparecian entre frescas flores y hierbas odoríferas; pero lo que más cautivaba la atencion eran cuatro caprichosas fuentes de agua cristalina, que, cual chorro de líquidos diamantes, caian en las talladas copas, cesando de manar ó tomando otra direccion al llenarse.

No se diria sino que por allí andaban las manos de las hadas, pues cosa sobrenatural parecia tan delicado gusto y exquisito primor.

—Mire que guardaditas tenian mis servidores sus habilidades: ¿cómo no me regalaban á mí con esos primores? decia Veremundo, que aunque muy contento por lucirse con su huésped, no se explicaba las preciosidades que veía.

Dióse principio á la comida, pero mira por aquí, busca por allí, indaga por allá, pues, señor, en la mesa no habia vino.

Veremundo, furioso, mandó llamar al repostero mayor, el que dió por toda respuesta que se habian perdido las llaves de la bodega.

El Rey ordenó derribar las puertas y meter al repostero de cabeza en la cuba más grande, pero Heroisindo, que á la sazón escuchaba con toda su alma un soneto que la ilustre Princesa dedicaba á las nueve musas, el cual fué interrumpido por la cuestion aquella, intercedió diciendo que todo ello no merecia la pena de mentarse, pues los manjares eran tan ligeros y delicados que maldita la falta que el tal licor hacía, y para aplacar la sed producida por la fatiga de la caza, no habia cosa como aquella agua fresca y cristalina.

Levantados que fueron los manteles hubo lo que hoy llamaríamos una velada literaria, aunque más bien parecía una academia de filosofía. La erudita Princesa sostuvo difíciles controversias, escribió versos en los cuales más parte llevaba la cabeza que el corazón, é hizo gala de todos sus talentos, que en honor de la verdad no eran pocos. Heroisindo, aunque bastante versado en sólidos y profundos conocimientos, tenía que inclinar la frente ante la sabia Princesa, pero esto no impedía que se hallara más y más prendado de la misma.

Llegó la hora de recogerse.

El Príncipe dió á su amada mil seguridades de estimacion y cariño, y dirigióse muy satisfecho á sus habitaciones, si bien no tan entusiasmado como la noche anterior; pero por lo mismo que la impresion era ménos viva parecía ser más duradera. Así lo entendió Veremundo, que al saludarle el día siguiente no se fué por las ramas, sino que entró en la cuestion directamente, preguntando:

—Y bien, mi amado huésped, ¿ha sido asimismo esta noche la almohada consejera en contra mia?

—El olor de la azucena, contestó el Príncipe, es tan intenso que se comunica á los objetos cercanos á ella; lo propio sucede en vuestro palacio con la sabiduría de la Princesa, pues si la almohada nunca me ha negado sus consejos, en ningun tiempo me los dió tan sabios y prudentes.

—Veamos los consejos de la almohada, repuso Veremundo esfor-

zándose por reir, si bien no podía ocultar la inquietud que le dominaba.

—Pues me ha dicho que la Princesa tiene un defecto para ser la esposa de un rey.

—¿Un defecto?

—Sí, el de ser demasiado sabia.

—A haber nacido yo un pobre diablo, sin más hacienda que una choza y un viejo criado por servidor, quisiera ser el rey en mi casa. Dios me ha dado extensos estados y vasallos numerosos; quiero ser el rey de mis pueblos. Sofía, como digo, es demasiado sabia para que no pretendiera reinar en absoluto, lo haria mejor que yo, pero el cetro es mio; consiento en que mi esposa lo sostenga cuando inflexible vaya á caer sobre la cabeza de mis súbditos; consiento que una sus manos á las mias para aliviarme de su peso, pero no tolero que por nada ni por nadie se me arrebate.

Veremundo inclinó la frente con dolor: acababa de rasgarse la dorada gasa de sus ilusiones, y la realidad en toda su verdad y desnudez aparecía ante sus ojos.

Al aceptar Heroisindo su afectuosa invitacion, no le habia llevado otro objeto que reconocer la fuerza y resistencia de sus estados para mejor asegurar el ataque: y ¿cómo habia de elegir esposa entre las princesas, cuando las tres iban á ser sus esclavas?

A esta idea el honrado padre levantó la mano para llevarla á la empuñadura de la espada, pero á un movimiento de su leal corazón dejóle

caer sobre sus rodillas. Heroisindo era su huésped.

—No se ha perdido todo, continuó éste, pues, según creo, tenéis otra hija.

—Ignoro si ella es digna de un rey, pero no puede esperar Violeta lo que no han merecido sus hermanas.

—Como quiera que sea, no dejáremos de ser buenos amigos; los cordiales lazos que nos unen no han de ser menos fuertes que los de la sangre contestó Heroisindo con un tono muy afectuoso, pero que no tranquilizó mucho al Monarca.

(*Se continuará.*)

ANTONIO R. DEL CASTILLO.

EL OCASO DEL SOL.

Por cima de altas montañas
Y entre rojizos celajes,
Miro pálidos reflejos
Al declinar de la tarde.

Son del sol las agonías,
Que en resplandor ondulante,
Nos dan tierna despedida
Por visitar otros mares.

Y con matices diversos
Y tintas las más brillantes,
Iluminan los espacios,
Montañas, ríos y valles.

Las ráfagas purpurinas
Que comienzan á apagarse,

Y los postreros destellos
De esplendentes luminares;
Las mil tintas caprichosas
Que en el horizonte nacen,
Y forman la régia corte
De hoguera tan deslumbrante,
Aviso son con que llama
El descanso en los hogares,
Y prelude de la noche
Con sus tétricas imágenes.

Tal es la efímera vida,
Tales sus glorias fugaces;
Astro que apenas nacido
Rápido corre á ocultarse.

JOAQUIN OLMEDILLA Y PUIG,

RETRATOS INFANTILES.

ROSITA.

(*Continuacion.*)

XIX.

La señora Rosa no vuelve de su asombro. Ha cogido uno de los peces, le ha sacado del agua para reconocerlo mejor y enterarse de por qué no se quiere mover ya el animalito.

¡Qué dolor! El pez está muerto,

no digo que hasta las uñas, porque los peces no las tienen, que yo sepa; pero está muerto, enteramente muerto, y más que muerto, cocido.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! exclamó llorando; el agua estaba demasiado caliente.

Pero ya es muy tarde para reme-

diar el daño; sus lágrimas no harán resucitar á los pobres inocentes peces, tan bonitos y tan desgraciados. No podian ellos figurarse que les esperaba tan desdichada suerte.

XX.

¡Vaya! se acabó, ya está corregida Rosita, ahora sí que está corregida. El lance de la terrible desgra-



cia acaecida á los peces por culpa de su ligereza ha servido para corregirla; pero de tal manera, que ya se ha propuesto Rosita no ocuparse en otra cosa que en cuidar á su pobrecita mamá. Ella se va á constituir en enfermera de la excelente señora, y

ella, y no otra persona, será la que lleve las medicinas y el alimento á su mamá. ¡Pues poquito que quiere á su mamá, y poquito que gustará á la enferma ver que su hija la cuida con tanto esmero!

Ahora mismo, que es hora de lle-

var á la mamá una tisana preparada por el doctor, es la mejor ocasion de empezar á desempeñar sus agradables funciones de enfermerita. El médico ha dispuesto que en la tisana se

eche un paquetito de polvos, á cuyo efecto han traído algunos de estos paquetitos de la botica. Verdaderamente, si un paquetito solo mejora á la enferma, le mejorarán más pron-



to dos, ó tres, ó cuatro. Cuanto mayor sea la cantidad de medicina, tanto más efecto hará. Esto, sin haber estudiado medicina ni farmacia, lo sabe Rosita perfectamente.

Allá van, pues, todos los polvos en la tisana bien revueltos con la cu-

chara, y allá va Rosita á llevar á su mamá tan excelente medicina.

Felizmente, el médico está aún allí y la prueba.

—¡Jesus! exclama; ¿qué han echado aquí?...

Rosita se echa á temblar, temien-

do haber hecho otro desatino; se buscan los paquetitos de polvos, y no encontrándolos, se viene en conocimiento de que la señorita Rosa ha tenido otra idea de las suyas, cosa que al fin tiene que confesar.

—Pues, hija mia, dice el médico severamente, si tu mamá llega á to-

mar esta tisana envenenada, nó hubiera tardado mucho en morir.

Rosita queda aterrada; el padre quiere castigar tan horrible falta; pero la tia Clara, que es muy buena señora, se lleva á Rosita para evitarle una zurra, bien que se propone reprenderla fuertemente.

(*Se concluirá.*)



LOS TRES LEGADOS.

(*Continuacion.*)

Era ya inmensa la mortandad, mas aquella nube infinita de insectos dañinos se habia posesionado de los prados que rodeaban al pueblo, y amenazaba no dejar una oveja con vida: todos los recursos empleados para exterminar tan espantosa plaga habian sido infructuosos; tal era la multitud de los insectos, que por muchos que se matáran el número parecia no disminuir. Uno de aquellos pastores, á cuya casa llegué, me refirió con lágrimas en los ojos la gran calamidad que afligia al vecindario, y que causaria su ruina si en un breve término no se hallaba medio de conjurarla. Aquel mismo dia hice reunir á varios mozos del pueblo, y armados todos de hachas los conduje á un monte poco distante. Criábase en aquel monte un arbusto que yo conocia, y del cual hice cortar muchas cargas de ramaje.

Las hice apilar en la extension de

los prados, á cierta distancia una carga de otra, y cuando todo estuvo preparado, mandé que aquella noche se encendieran todos aquellos montones de ramaje. Como estaba verde, léjos de arder bien las hogueras, levantaron al quemarse densas nubes de humo, que llenaron toda la atmósfera en una gran extension. El humo de aquellas ramas tenía la virtud de ahogar y ahuyentar á los dañinos insectos que tan perniciosos eran al ganado, y á la mañana siguiente ni uno solo de aquellos insectos quedaba en todos los alrededores. Excuso referiros las grandísimas muestras de gratitud que recibí de aquel pueblo agradecido. Me pasearon en triunfo por las calles, y no hubo un solo vecino que no se apresurase á llevar á la casa donde me hospedaba alguna cantidad de dinero para significarme su reconocimiento. Aunque los donativos no eran grandes, como fue-

ron muchos formaron reunidos una suma respetable, que por más que me negaba á ello tuve que aceptar, para no desairar á aquellos sencillos pastores que me colmaban de bendiciones; me hicieron permanecer varios dias en el pueblo, y en mi honor celebraron grandes regocijos, y cuando conseguí que me permitieran seguir mi viaje, muchísimos de ellos me acompañaron para despedirme hasta una larga distancia del pueblo, y no consintieron en dejarme hasta que estuve casi á las puertas de otra poblacion.

Pasaré por alto, para no fatigar vuestra atencion, otra multitud de aventuras curiosas: no hablaré de los muchos enfermos á quienes devolví la salud, de los conflictos que en otras partes conjuré, de las desavenencias que mis consejos acertados hicieron desaparecer, de las útiles mejoras que en determinadas industrias logré introducir y de las grandes satisfacciones que tuve el placer de sentir, derramando beneficios por doquiera que pasaba, entre pobres y ricos, entre potentados y humildes, porque si todo lo refiriera, tendria asunto para estar hablando por espacio de dos dias. Solamente os diré que nunca me faltó nada, que ninguna cosa echaba de ménos, que nunca el más ligero pesar nubló la serenidad de mi alma.

Llegué últimamente á una populosa ciudad, capital de un reino dilatado. Me alojé en una posada decente, y mandé poner á la puerta un cartel anunciando que habia lle-

gado un sabio extranjero que se dedicaba á curar toda clase de enfermedades. En los primeros dias hice algunas curas que me dieron bastante fama. Estaba una noche cenando en una espaciosa sala que servia de comedor, cuando entró el huésped, que era un hombre muy hablador, y se sentó cerca de mí.

— Ya hemos visto con satisfaccion, caballero Floro, que sois un médico sumamente hábil y con un gran caudal de ciencia. Pero dudo, á pesar de toda la sabiduría que en vos renozco, que pudiérais curar radicalmente la extraña dolencia que hace ya muchos años viene padeciendo nuestro Rey, contra la cual se ha estrellado inútilmente la ciencia de los hombres más eminentes, y que á todos los vasallos de este reino les proporciona penosas aficciones, puesto que casi todos participan de sus tristes consecuencias.

— Decidme, pues, le contesté, ¿qué enfermedad es la que aqueja al Rey?

— El nombre de la enfermedad no os lo puedo decir, porque nadie lo sabe; pero os explicaré los extraños síntomas que la acompañan. El Rey siente una melancolía continua, y de vez en cuando frecuentes accesos de un furor temible, que le impulsa á los caprichos más feroces y sanguinarios, que llevan á todas partes la desolacion, pues que se desahoga dando las órdenes más atroces y haciendo perecer á multitud de inocentes. No habla sino para dictar crueles sentencias, no se le ha visto reir

una sola vez en muchos años, y de un rey clemente y bondadoso que era se ha convertido en un déspota cruel, que sólo siente alguna complacencia viendo padecer á los que le rodean.

— Eso más bien parece una monomanía, dije yo.

— Algo podrá haber de eso, pero no cabe duda que el origen está en una grave dolencia; aparte de su humor taciturno y de sus excesos iracundos, es de notar que casi nunca duerme, que no toma apénas alimento, que la luz es para él insoportable, y que en un período fijo, en lo general cada siete ú ocho dias, siente un acceso violento, algo parecido á los que causa la hidrofobia, durante el cual ruge como una fiera y maltrata á cuantos se ponen á su alcance. Estos accesos sólo se mitigan y se calman con un remedio extraño que un médico extranjero indicó. Se le da á beber, mezclado con un vaso de vino, cierta dosis de lágrimas recogidas del llanto de criaturas humanas, así como en cantidad de una cucharada; cuando ha bebido este medicamento, se calma el acceso, y al fin desaparece dejándole muy quebrantado.

— ¡Remedio extraordinario! exclamé, y ¿cómo se recogen esas lágrimas?

— De un modo muy sencillo, contestó mi huésped: como ya se sabe el dia en que el Rey ha de sufrir el ataque, en aquella misma mañana salen por la ciudad unos cuantos soldados de la guardia de palacio,

cogen á seis ú ocho muchachos, los primeros que encuentran, ó van á buscarlos á las casas; los llevan á palacio; los atan á unos postes con las espaldas desnudas, y verdugos preparados al efecto principian á azotarlos hasta hacerles llorar un rato á lágrima viva, y estas lágrimas, recogidas en receptáculos, que se les encajan por debajo del cuello, así como las vacías que usan los barberos, son las que se mezclan con el vino que ha de calmar los accidentes del Rey.

— Pero esa es una crueldad nunca oída.

— Es una atrocidad, pero como evita mayores males, la ciudad la soporta con paciencia.

La extraña enfermedad del Rey, y sobre todo, el medicamento que se empleaba para combatirla, me hicieron reflexionar durante toda la noche, y por la mañana resolví presentarme en palacio para ver si conseguia ver al rey, y sobre todo hablar á la Reina, á quien me habian pintado como señora sumamente bondadosa y caritativa. Yo habia curado pocos dias ántes á la esposa de un empleado de la casa real, y por esta recomendacion pude avistarme con él, rogándole me proporcionára una audiencia con la Reina. Cuando ésta supo que el que deseaba verla era un médico extranjero que habia hecho algunas curas admirables, no tuvo inconveniente én recibirme, y estuvo conmigo amable y placentera. Cuando llegué á hablar con ella yo habia visto ya al Rey, gracias á la virtud mágica de mi anillo, y lo ha-

bia observado bien y adivinado el origen de su dolencia.

La Reina me preguntó si me atrevería á probar algun medio para curar la terrible dolencia del Soberano. Le respondí que sí, y que confiaba en curarle radicalmente en un solo dia. Figuraos cuál sería la alegría de aquella buena señora cuando me oyó decir esto. Me llevó á la presencia del Rey, que me recibió con semblante uraño y desconfiado, y que ni siquiera contestó á mis humildes saludos. Estaba pálido y sumamente demacrado; lucia en sus ojos un fulgor terrible, que los hacía asemejarse á los ojos del tigre, y su habitacion estaba cuidadosamente cerrada á los rayos de la luz del dia, que no podia penetrar por entre los espesos cortinajes que cubrian las ventanas.

Luégo que salimos de allí y estuve solo con la Reina, le dije:

—La terrible enfermedad que el ilustre soberano, vuestro esposo, padece, puede curarse, como he dicho, no en un dia sino en una hora, y si el mal no se ataja, su preciosa vida sucumbirá en un plazo no muy lejano. Pero debo advertir á V. M. que el remedio, aunque eficaz, es doloroso en extremo.

—No importa, me contestó la Reina, decidme cuál es y se buscará, aunque para ello sean necesarios los mayores sacrificios.

—Dentro de palacio se encuentra, dije, pero repito que es sensible y doloroso, pero que no ofrece grave peligro.

—Decidle, pues, y si no es im-

posible, se hará inmediatamente.

—Pues bien, le pregunté, V. M. tiene hijos que lo son tambien del rey su esposo, ¿no es así?

—Tenemos seis hijos que todavía son niños, y una princesa que es la mayor y tiene ya diez y seis años, que por cierto tambien está enferma.

—Pues bien, señora, segun tengo entendido, cuando al Rey le acomete uno de sus terribles accesos, sólo encuentra alivio bebiendo mezclada con un vaso de vino una cierta dosis de lágrimas arrancadas al dolor de unos cuantos niños.

—Así es la verdad, y la necesidad de consentir esas crueldades me parte el alma.

—Pues todo acabará de una vez; pero es necesario que cuando al Rey acometa ese acceso, las lágrimas que se le den mezcladas con el vino sean de sus propios hijos, y yo respondo de que la enfermedad se curará radicalmente.

La Reina se horrorizó al oir mi proposicion, que á su corazon de madre repugnaba, hasta creo que dudó de mí y me tomó por un enemigo encubierto; pero cuando yo le dí las mayores seguridades de que el remedio era infalible, cuando le dije que con mi cabeza respondia del éxito y le hice presente que no habia necesidad de maltratar á sus hijos, pues bastaria el que ellos viesen los preparativos del vapuleo para que llorasen á lágrima viva más de lo que hiciera falta, fué convenciéndose, y, por último, accedió á que se verificára la prueba, pero con la con-

dicion de que yo quedaria encerrado mientras ésta se hacía y hasta ver el resultado, y que si acaso el Rey llegaba á saberlo, y se enfurecia, como era de esperar, yo sería la única víctima expuesta á su cólera. Acepté tranquilo estas condiciones, tan seguro estaba de obtener un éxito el más dichoso: prometí tambien á la Reina que sus hijos no serian maltratados, y le advertí ademas que los criados que hubieran de ejecutar mis órdenes se disfrazáran de manera que los niños no pudieran conocerlos, y se cubrieran el rostro con caretas, tanto para producir más fácilmente el terror en los tiernos infantes, como para evitar el que guardáran rencor hácia los que habian de fingir maltratarlos.

Todo se preparó con arreglo á mis instrucciones, aunque con notable desasosiego de la Reina, á quien costaba lágrimas la idea de lo que se iba á hacer. Llegó el dia en que acometieron al rey los primeros síntomas del acceso. Mandó que inmediatamente se disfrazáran ocho criados, que enmascarados penetraron de repente en una sala, donde estaban reunidos los seis niños, se lanzaron sobre ellos y los sacaron de allí con ademanes bruscos, ocasionándoles un profundo terror. Pero éste subió de punto cuando los niños se vieron conducir al lugar donde comunmente tenian lugar los vapuleos, y los enmascarados principiaron á atarlos á los postes. Los aterrados infantes principiaron á dar gritos de espanto, y á llorar á raudales ántes de que

los fingidos ejecutores echáran mano á las disciplinas de cuero, y cuando les colocaron bajo la barbilla las vacías de cristal, se recogieron en éstas lágrimas en doble cantidad de la que era necesaria. Entónces penetraron en la habitacion varios soldados aparentando acudir á los gritos, acometieron á los enmascarados, que huyeron presurosos, y los niños fueron desatados y se precipitaron en los brazos de su madre, que tambien acudió. Yo estaba vigilado por centinelas que no me perdieron de vista.

La Reina llevó á su esposo, como de costumbre, el vaso de vino mezclado con aquellas preciosas lágrimas, y con la respiracion ahelante esperó el efecto. Como yo le habia anunciado, apénas el Rey lo hubo bebido pareció calmarse, luégo rompió á llorar, arrojóse en los brazos de la Reina, y abrazado á ella derramó un llanto reparador, que desahogó su oprimido pecho. Acudieron los niños y los abrazó del mismo modo sin dejar de llorar. Desde que la terrible enfermedad le habia acometido, jamas se habia enternecido el Rey. Calmado su llanto, principió á hablar con ternura á cuantos le rodeaban; su rostro apareció dulcemente conmovido, y exclamó:

— ¡ Oh, que dicha tan grande siento!... Parece que del corazon me han quitado una plancha de hierro que lo oprimia... Descorred las cortinas, abrid las ventanas, dejad que penetre el aire y la luz.

La crisis se habia verificado, y á

nadie quedó ya duda de que la enfermedad había desaparecido: la Reina derramó lágrimas de alegría, y corría loca de placer, llamando á los principales magnates de palacio para que vieran el inesperado cambio de S. M. Despues se acordó de mí, y corrió tambien á abrazarme, dándome inequívocas pruebas de su gratitud.

El Rey manifestó que le parecía despertar de un sueño terrible y prolongado; apénas se acordaba de nada de lo que le había pasado en muchos años, y su sorpresa fué grandísima

cuando le refirieron las circunstancias que habían acompañado á su larga enfermedad, aunque por no afligirle le ocultaron los terribles excesos á que le había conducido. Quiso saber la causa de su curacion, y entónces me presentaron á él, y la Reina no tuvo inconveniente en referirle, hallándome yo presente, el extraño remedio que había empleado para librarle de su terrible dolencia.

(Se continuará.)

PEDRO DOMINGO MONTES.



EL PRIMER PANTALON.

POEMA INFANTIL.

(Continuacion.)

V.

Ir á pié un caballero
Tan bien portado, apuesto y elegante
Al estrenar el pantalon primero,
Lo hubiera criticado intemperante
Acaso el pueblo entero,
Que siempre en todo pueblo hay mozallones
Maldicientes, procaces y burlones.
Por esto la hermanita
Prudente considera
Que en la ocasion solemne del estreno
De un pantalon tan bueno,
Que no lo lleve así ningun cualquiera,
Está muy en el órden y en lo justo,
Y es cosa de buen gusto,
Salir por esas calles en carruaje,
Lo mismo, en puridad, que un personaje.

Lo que la niña siente
Es no tener un coche muy decente,
Alguna carretela, una berlina,
O aunque fuera la enorme diligencia
Que pasa por el pueblo con frecuencia
Llena de gente fina,
Que á los baños termales
Alivio va á buscar para sus males.
Mas ha de contentarse con el carro
De tosco pino y de grosera hechura,
A la verdad indigno de un mancebo
Que estrena un pantalon bonito y nuevo;
Pero al fin, en el carro
Podrá librarse el pantalon del barro,
Lo cual en gran manera
Interesa á la linda costurera
Porque no quiere ver nunca manchado
Pantalon tan hermoso y bien cortado.

Acomódase el niño
 En el carro triunfal; su compañera,
 Es la linda muñeca de su hermana,
 A la que tiene Albertó gran cariño;

Y está la pobre á fe muy poco sana,
 Derrengada y enteca
 Y tambien sentará perfectamente
 Un paseito en coche á la muñeca.



¿ Y quién tira del carro?... La incansable
 Hermanita adorable,
 Que siempre está propicia al sacrificio,
 Y á ocuparse en servicio

Del hermano á quien ama
 Con el amor más tierno y más profundo
 Que entre hermanos se ha visto en este mundo.

(Se continuará.)